

Lectura del santo evangelio según san Lucas (20,27-38).

En aquel tiempo, se acercaron algunos saduceos, los que dicen que no hay resurrección, y preguntaron a Jesús: «Maestro, Moisés nos dejó escrito: "Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer pero sin hijos, que tome la mujer como esposa y de descendencia a su hermano. Pues bien, había siete hermanos; el primero se casó y murió sin hijos. El segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete, y murieron todos sin dejar hijos. Por último, también murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete la tuvieron como mujer».

Jesús les dijo: «En este mundo los hombres se casan y las mujeres toman esposo, pero los que sean juzgados dignos de tomar parte en el mundo futuro y en la resurrección de entre los muertos no se casarán ni ellas serán dadas en matrimonio. Pues ya no pueden morir, ya que son como ángeles; y son hijos de Dios, porque son hijos de la resurrección.

Y que los muertos resucitan, lo indicó el mismo Moisés en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor: "Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob". No es Dios de muertos, sino de vivos: porque para él todos están vivos»

DOMINGO XXXII Tiempo Ordinario - Ciclo C



"No es Dios de muertos, sino de vivos"

➤ EXPLICACIÓN PREVIA

Los saduceos

Entre los grupos judíos que había en tiempos de Jesucristo los más incrédulos, si cabe ese término, eran los saduceos, es decir, la casta sacerdotal. Se consideraban descendientes y herederos de Sadoq, que fue sumo sacerdote fidelísimo a David, en tiempos de este rey de imborrable memoria para los judíos. De ahí su nombre de "saduceos." Lo paradójico es que este grupo, que debía representar la pureza de la fe y la fidelidad a la alianza con Dios, en realidad había evolucionado hasta alcanzar el perfil de una auténtica mafia. La adición al poder de unas cuantas familias, singularmente la de Anás, hizo que los saduceos se caracterizaran por una destreza política y un sentido pragmático que no tenían nada de espirituales.

De hecho, la "espiritualidad" pasó a ser un estorbo para esta gente. Su bienestar material, que no era poco, y su influencia política, que era mucha, dependían de un delicado "ajedrez" en el que no había mayor espacio para lo sobrenatural, llámense ángeles, milagros o la resurrección de los muertos. Vino así a resultar que los sacerdotes se volvieron enemigos de cualquier manifestación de Dios que ellos no pudieran controlar.

Misterios de la Otra Vida

Respecto del misterio de la otra vida hay muchas cosas que ignoramos y que quizá es más difícil para nosotros imaginar de la eternidad de lo que sería para un feto imaginar el mundo que nunca ha visto. Y es bueno saber que no sabemos; es bueno saber que Dios tiene cosas mucho mayores y mejores para darnos. A pesar de las preguntas que surgen, lo más hermoso es tener la certeza de que el amor en su dimensión temporal tiene una semilla de eternidad: hay amor más allá de la muerte pero su perfil preciso, su belleza propia son más de lo que podemos describir o entender... por ahora.

PUNTOS PARA MEDITAR EL EVANGELIO

A la luz del evangelio de este domingo puedes meditar en estos tres puntos:

1º. El misterio de la muerte

El Concilio dice: *"El máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua. Juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo. La semilla*

de eternidad que en sí lleva, por ser irreducible a la sola materia, se levanta contra la muerte. Todos los esfuerzos de la técnica moderna, por muy útiles que sea, no pueden calmar esta ansiedad del hombre: la prórroga de la longevidad que hoy proporciona la biología no puede satisfacer ese deseo del más allá que surge ineluctablemente del corazón humano.

Mientras toda imaginación fracasa ante la muerte, la Iglesia, aleccionada por la Revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre. La fe cristiana enseña que la muerte corporal, que entró en la historia a consecuencia del pecado, será vencida cuando el omnipotente y misericordioso Salvador restituya al hombre en la salvación perdida por el pecado. Dios ha llamado y llama al hombre a adherirse a Él con la total plenitud de su ser en la perpetua comunión de la incorruptible vida divina. Ha sido Cristo resucitado el que ha ganado esta victoria para el hombre, liberándolo de la muerte con su propia muerte. Para todo hombre que reflexione, la fe, apoyada en sólidos argumentos, responde satisfactoriamente al interrogante angustioso sobre el destino futuro del hombre y al mismo tiempo ofrece la posibilidad de una comunión con nuestros mismos queridos hermanos arrebatados por la muerte, dándonos la esperanza de que poseen ya en Dios la vida verdadera” (Gaudium et Spes 18).

La muerte es el problema humano número uno:

«Cuando nace un hombre —escribe san Agustín— se hacen muchas hipótesis: quizá sea guapo, quizás sea feo; quizá sea rico, quizá sea pobre; quizá viva mucho, quizá no... Pero de nadie se dice: quizá muera o quizá no muera. Esta es la única cosa absolutamente cierta de la vida. Cuando sabemos que uno está enfermo de hidropesía (entonces esa era la enfermedad incurable, hoy son otras) decimos: "Pobrecillo, debe morir; está condenado, no hay remedio". Pero, ¿no deberíamos decir lo mismo de uno que nace? "¡Pobrecillo, debe morir, no hay remedio, está condenado!". ¿Qué diferencia hay si en un tiempo un poco más largo, o un poco más corto? La muerte es la enfermedad mortal que se contrae al nacer».

Quizás más que una vida mortal, la nuestra hay que considerarla como una «muerte vital», un vivir muriendo.

Es un buen ejercicio de amor a Dios, aceptar con humildad ya desde ahora la muerte que Él quiera para mí, como un acto de obediencia amorosa al Señor... ¿Enfermedad?, ¿accidente?, ¿perder la cabeza?, ¿agonía larga?, ¿de repente?... Dame, Señor la gracia de aceptar siempre y en todo tu santísima voluntad.

Saborea este pensamiento de San Juan de la Cruz: **"No le puede ser al alma que ama amarga la muerte, pues en ella halla todas sus dulzuras y deleites de amor. No le puede ser triste su memoria, pues en ella halla junta la alegría, ni le puede ser pesada y penosa, pues es el remate de todas sus pesadumbres y penas, y principio de todo su bien. Tiénela por amiga y esposa y con su memoria se goza como en el día de su desposorio y bodas, y más desea aquel día y aquella hora en que ha de venir su muerte, que los reyes de la tierra desearon los reinos y principados"** (Cántico E. 11, 10).

2º. La resurrección

Así reza la Iglesia: "La vida de los que en Ti creemos, Señor, no termina, se transforma. Al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo... En Cristo, Señor nuestro, brilla para nosotros esperanza de feliz resurrección, y así, **aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad"** (Prefacio misa difuntos).

La Eucaristía es una Prenda de inmortalidad: "El que come Mi carne y bebe Mi sangre tiene Vida Eterna, y Yo le resucitaré en el último día" (Jn 6, 54).

"La Eucaristía es medicina de inmortalidad, antídoto contra la muerte para que vivamos siempre en Jesucristo" (Ignacio de Antioquía). El grano de trigo que se siembra en la tierra germinada en un día lejano. En la comunión, Jesús deposita en nosotros semilla que florecerá en eterna primavera. Así como el pan a las palabras de la consagración se transforma en Cristo, así nuestro cuerpo, al recibir a Cristo, "ya no es mortal, porque tiene en sí la esperanza de resurrección" (San Ireneo)

El pensamiento de la inmortalidad debe hacernos superar el temor a la muerte

«Nunca debemos olvidar que nosotros no hemos de cumplir nuestra propia voluntad, sino la de Dios, tal como el Señor nos mandó pedir en nuestra oración cotidiana. ¡Qué contrasentido y qué desviación es no

someterse inmediatamente al imperio de la voluntad del Señor, cuando él nos llama para salir de este mundo! Nos resistimos y luchamos, somos conducidos a la presencia del Señor como unos siervos rebeldes, con tristeza y aflicción, y partimos de este mundo forzados por una ley necesaria no por la sumisión de nuestra voluntad; y pretendemos que nos honre con el premio celestial aquel a cuya presencia llegamos por la fuerza. ¿Para qué rogamos y pedimos que venga el reino de los cielos, si tanto nos deleita la cautividad terrena? ¿Por qué pedimos con tanta insistencia la pronta venida del día del reino, si nuestro deseo de servir en este mundo al diablo supera al deseo de reinar con Cristo?

Debemos pensar y meditar, hermanos muy amados, que **hemos renunciado al mundo y que, mientras vivimos en él, somos como extranjeros y peregrinos**. Deseemos con ardor aquel día en que se nos asignará nuestro propio domicilio, en que se nos restituirá al paraíso y al reino, después de habernos arrancado de las ataduras que en este mundo nos retienen. El que está lejos de su patria es natural que tenga prisa por volver a ella. **Para nosotros, nuestra patria es el paraíso**; allí nos espera un gran número de seres queridos, allí nos aguarda el numeroso grupo de nuestros padres, hermanos e hijos, seguros ya de su suerte, pero solícitos aún de la nuestra. Tanto para ellos como para nosotros, significará una gran alegría el poder llegar a su presencia y abrazarlos; la felicidad plena y sin término la hallaremos en el reino celestial, donde no existirá ya el temor a la muerte, sino **la vida sin fin**.

Allí está el coro celestial de los apóstoles, la multitud exultante de los profetas, la innumerable muchedumbre de los mártires, coronados por el glorioso certamen de su pasión; allí las vírgenes triunfantes, que, con el vigor de su continencia, dominaron la concupiscencia de su carne y de su cuerpo; allí los que han obtenido el premio de su misericordia, los que practicaron el bien, socorriendo a los necesitados con sus bienes, los que, obedeciendo el consejo del Señor, trasladaron su patrimonio terreno a los tesoros celestiales. Deseemos ávidamente, hermanos muy amados, la compañía de todos ellos. Que Dios vea estos nuestros pensamientos, que Cristo contemple este deseo de nuestra mente y de nuestra fe, ya que **tanto mayor será el premio de su amor, cuanto mayor sea nuestro deseo de él**» (S. Cipriano. Tratado sobre la muerte 18, 24. 26).

3º. **Nuestro Dios es Dios de vivos: Yo soy la resurrección y la vida**

Dice San Ireneo: “Nuestro Señor y maestro, en la respuesta que dio a los saduceos, confirma la realidad de la resurrección diciéndoles: *Estáis muy equivocados, por no comprender las Escrituras ni el poder de Dios. Y acerca de la resurrección —dice— de los muertos, ¿no habéis leído lo que dice Dios: «Yo soy el Dios de Abrahán, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob?»* Y añadió: *No es Dios de muertos, sino de vivos: porque para él todos están vivos*. Con estas palabras manifestó que el que habló a Moisés desde la zarza y declaró ser el Dios de los padres, es el Dios de los vivos.

Y ¿quién es el Dios de los vivos sino el único Dios, por encima del cual no existe otro Dios? Es el mismo Dios anunciado por el profeta Daniel, cuando al decirle Ciro, el persa: *¿Por qué no adoras a Bel?*, le respondió: *Yo adoro al Señor, mi Dios, que es el Dios vivo*. Así que el Dios vivo adorado por los profetas es el Dios de los vivos, y lo es también su Palabra, que habló a Moisés, que refutó a los saduceos, que nos hizo el don de la resurrección, mostrando a los que estaban ciegos estas dos verdades fundamentales: la resurrección y Dios. **Si Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, y, no obstante, es llamado Dios de los padres que ya murieron, es indudable que están vivos para Dios y no perecieron: son hijos de Dios, porque participan de la resurrección.**

El mismo Cristo es juntamente con el Padre el Dios de los vivos, que habló a Moisés y se manifestó a los padres. Esto es lo que, enseñando, decía a los judíos: *Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día: lo vio y se llenó de alegría. ¿Cómo así? Abrahán creyó a Dios y le fue computado como justicia*. Creyó, en primer lugar, que él es el Creador del cielo y de la tierra, el único Dios, y, en segundo lugar, que multiplicaría su linaje como las estrellas del cielo. Es el mismo vocabulario de Pablo: *Como lumbreras del mundo*. Con razón, pues, abandonando toda su parentela terrena, seguía al Verbo de Dios, peregrinando con el Verbo, para morar con el Verbo. Con razón los apóstoles, descendientes de Abrahán, dejando la barca y al padre, seguían al Verbo de Dios. Con razón también nosotros, abrazando la misma fe que Abrahán, cargando con la cruz —como cargó Isaac con la leña— lo seguimos.

Y reza también a la Virgen: Santa María de la Esperanza

Santa Madre de Dios, Reina de cada uno de tus hijos. Pide para nosotros al Señor de las misericordias el descanso eterno ya desde ahora. Una perspectiva de eternidad que nos haga indiferentes a todas las cosas creadas. Danos la visión de fe para contemplar a Dios en todos los avatares de la vida y en todas las personas que nos rodean. Así, cuando llegue cada uno al momento del supremo relevo, harás resplandecer la luz perpetua y nos darás por tus ruegos, el descanso eterno. Tú nos alcanzarás del Padre lo que pediremos en la Misa: *“Escucha, Señor, nuestras súplicas para que al confesar la Resurrección de Tu Hijo Jesucristo, se afiance nuestra esperanza de que todos Tus hijos resucitarán”* (Orac. col.)

OTROS TEXTOS PARA MEDITAR

➤ De San Beda

Había dos clases de herejías entre los judíos: la de los **fariseos**, que preferían la rectitud de las tradiciones -y por esto el pueblo los llamaba divididos-; y la otra de los **saduceos**, que quiere decir justos, atribuyéndose lo que no eran. Cuando se marcharon los primeros, vinieron los segundos a tentarle; por esto sigue: **«Además se llegaron algunos de los saduceos...»**. Inventaron esta fábula para tildar de locos a los que dicen que es verdad la resurrección de los muertos. Oponen, por tanto, la torpe invención de esta fábula para negar la verdad de la resurrección; por esto añaden: **«Pues en la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer?...»**

Estos **siete hermanos** pueden representar a los réprobos que viven estériles de las buenas obras por toda la vida de este mundo, que es una revolución de siete días, sobre los cuales, pasando de unos a otros la muerte, acabará hasta el último de ellos su vida mundana como mujer infecunda. Lo cual no debe entenderse de tal modo que creamos que únicamente resucitarán los que sean dignos o los que no se casen, sino que también resucitarán todos los pecadores, y no se casarán en la otra vida. Además, el Señor, para excitar nuestras almas a que busquen la resurrección gloriosa, no quiso hablar más que de los elegidos.

Serán iguales a los ángeles y a los hijos de Dios, porque renovados por la gloria de la resurrección, sin miedo alguno a la muerte, sin mancha de corrupción y sin ninguna circunstancia de la vida material, gozarán de la presencia constante de Dios. O bien dice esto para deducir, una vez probada la existencia de las almas después de la muerte -lo que negaban los saduceos- la resurrección de los cuerpos que han obrado bien o mal en unión con las almas. En efecto, es verdadera vida la de los justos que viven en Dios aun cuando mueran en cuanto al cuerpo. Para probar la verdad de la resurrección pudo emplear ejemplos más evidentes de los profetas; pero los saduceos únicamente admitían los cinco libros de Moisés, despreciando los oráculos de los profetas.

➤ De Cantalamesa

San Pablo escribía a los de Tesalónica: *«Hermanos, no queremos que ignoréis la suerte de los que mueren, para que **no estéis tristes como los otros que no tienen esperanza**. En efecto, si creemos que Jesús murió y resucitó, creemos también que Dios, por medio de Jesús, llevará de nuevo con él a los que han muerto»*

No les pide que no estén afligidos por la muerte, sino que no lo estén «como los demás», como los no creyentes. La muerte no es para el creyente el final de la vida, sino el comienzo de la verdadera; no es un salto en el vacío, sino un salto a la eternidad. Es un nacimiento y es un bautismo. Es un nacimiento, porque sólo entonces comienza la vida verdadera, la que no va hacia la muerte, sino que dura para siempre. Por eso la Iglesia no celebra la fiesta de los santos en el día de su nacimiento terreno, sino en el de su nacimiento para el cielo, su «dies natalis». Entre la vida de fe en el tiempo y la vida eterna existe una relación análoga a la que existe entre la vida del embrión en el seno materno y la del niño, una vez llegado a la luz. Escribe Cabasilas:

«Este mundo alumbró al hombre interior, al hombre nuevo, creado según Dios, y una vez configurado y formado perfecto aquí abajo, nace para un mundo perfecto e interminable. La naturaleza prepara el embrión, mientras vive en tinieblas de noche, para la vida en un mundo de luz. Y la naturaleza le va dando forma tomando por modelo la existencia que recibirá. Es también lo que ocurre en los santos».

En una de las tumbas del cementerio de los Capuchinos de Vía Véneta, en Roma, se lee: **«Lo que tú eres, yo fui; lo que yo soy, tú serás».**